

LA MUJER, EL SUR DE TODOS LOS NORTES

CARMEN SARMIENTO
Periodista y escritora

EL FEMINISMO EN LA ERA DE LA GLOBALIZACIÓN

En la era de la globalización en la que vivimos, los efectos negativos de la mundialización afectan a todas las mujeres que habitamos la tierra.

Las cifras son evidentes:

– **La mayoría de los mil quinientos millones de personas que viven con un euro o menos al día, son mujeres.** Es decir, sobreviven, para que nos entendamos, con unas ciento cincuenta pesetas diarias. Es evidente que la brecha que separa a las mujeres de los hombres, se ha ampliado en los últimos diez años, fenómeno que se conoce como el de la feminización de la pobreza.

– **En todo el mundo las mujeres ganan por término medio, el cincuenta por ciento de lo que ganan los hombres.** Y son estas mujeres, las que viven en la pobreza extrema, quienes se ven privadas del acceso a recursos como son los préstamos, la tierra y la propia herencia.

En esta era de la globalización en muchas partes del mundo no se recompensa el trabajo de las mujeres. No se reconocen nuestras necesidades en salud ni en nutrición, pues no son prioritarias para los gobiernos.

– **En el mundo hay más de ochocientos millones de mujeres analfabetas**, lo que hace que su participación sea mínima en las decisiones que se toman en sus comunidades, no digamos ya en sus propios países.

– **El treinta por ciento de los hogares en América Latina tienen como cabeza de familia a una mujer.** Los hogares monoparentales encabezados por mujeres con niños pequeños se encuentran entre los más pobres y como no gozan de un mínimo nivel de ingresos transmiten, inevitablemente, la pobreza a sus hijos. Esto se confirma particularmente, en el caso de las hijas, que a menudo se ven obligadas a abandonar la escuela y a ocuparse de sus hermanas y hermanos más pequeños mientras sus madres trabajan.

En función de estos datos podemos concluir que las mujeres viven atrapadas en el círculo de la pobreza tan difícil de romper y que muy bien puede decirse, según el propio enunciado de esta conferencia, que las mujeres son el sur de todos los nortes, el sur de los hombres, el sur del mundo.

De los mil quinientos millones de personas que viven en la pobreza absoluta, el setenta por ciento son mujeres. Según la Organización Internacional del Trabajo, las mujeres trabajamos las dos terceras partes de las horas trabajadas en el mundo, percibimos el 10% de los ingresos y poseemos tan sólo el 1% de los bienes del mundo, incluidos los electrodomésticos, es decir nuestros cacharritos de cocinar. Es decir las mujeres en general están sobrecargadas de trabajo, mal alimentadas y son dependientes económicamente. En España hay ocho millones de pobres y el cincuenta por ciento de todas las personas paradas en el Estado Español son mujeres. Con un colectivo de nueve millones de amas de casa, somos el país de Europa con el menor número de mujeres con un trabajo remunerado.

A continuación vamos a ver una secuencia grabada en el mercado de Soyapango, en San Salvador, donde queda patente lo que significa el concepto de feminización de la pobreza.

1. LOS EMIGRANTES: NO SON ILEGALES

Los seres humanos somos la única especie que desde nuestros orígenes estamos mezclándonos porque no hemos cesado de desplazarnos. Por lo tanto, el concepto de pureza de sangre es irreal y por otra parte totalmente indeseable. Tan sólo existen dos comunidades en el mundo, los islandeses y los coreanos, que han permanecido a lo largo de los siglos sin mezclarse con otros pueblos. Los demás, de una manera o de otra, somos producto del mestizaje entre unos pueblos y otros.

El racismo es la segregación, agresión o discriminación que sufren las personas en función de su aspecto físico, su origen, sus creencias y sus normas culturales. El racismo pretende demostrar que un grupo social determinado es inferior. Frente a ello, debemos reivindicar la necesidad de que la dignidad humana se sitúe por encima de cualquier diferencia biológica, racial y étnica.

Durante siglos los españoles hemos pensado que no somos racistas. Cuando se habla del Descubrimiento de América se comenta, entre otras cosas, que tanto españoles como portugueses se mezclaron con la población autóctona, cosa que apenas hicieron los ingleses, lo cual es cierto, pero no se explica a continuación que la Colonización de América Latina también supuso la violación de tantas y tantas mujeres y que, tras el mestizaje, se perpetuaron formas de discriminación basadas en las sutiles diferencias de color en el tono de piel, de manera que los mulatos se han sentido siempre superiores a los negros, pero inferiores a los blancos.

Dejando atrás los tiempos de la Conquista y centrándonos en nuestro país, durante todo el siglo pasado continuó pensándose que los españoles no éramos racistas, aunque hubiera estado bien que le preguntáramos a los gitanos si somos o no racistas. Lo cierto es que durante el siglo pasado apenas había en nuestro país una población numéricamente importante de latinoamericanos o subsaharianos.

Hasta finales de los años ochenta la España democrática y moderna parecía no estar contaminada con el virus racista que ya había estallado en países como Francia o Alemania. Fue en 1992 cuando España perdió la fama de país acogedor e integrador. El asesinato de Lucrecia Pérez, una mujer dominicana apenas llegada a Madrid, destruyó la esperanza de buena convivencia con gentes llegadas de otros lugares. Se han cumplido ahora más diez años de este primer asesinato racista. Desde entonces se han sucedido las denuncias de casos de agresión y hostilidad contra inmigrantes no europeos, hasta llegar a estallidos de violencia racista como todo lo sucedido en El Ejido. La muerte en el año 2000 en la Comisaría de Arrecife de Antonio Fonseca, negro africano que tenía permiso de residencia válido, ha puesto fin a la inocencia. Los españoles también somos racistas. Pero afortunadamente también somos muchos los que luchamos contra el racismo. Por ejemplo, todas esas buenas gentes de Tarifa que dan acogida a esos seres humanos que flotan en el tiempo a la deriva, en el tiempo y en el agua donde tantas veces mueren. Miles de seres humanos que viven al filo de la autodestrucción. También luchan en nuestro país contra la xenofobia organizaciones como S.O.S. Racismo o Amnistía Internacional que acaba de publicar un informe escalofriante sobre la tortura y los malos tratos de índole racista a manos de agentes del Estado. Voy a enumerar sólo algunos de los muchos casos que se han puesto en conocimiento de Amnistía Internacional: Una familia de etnia

gitana, entre cuyos miembros hay niños, es humillada y torturada en una comisaría de Madrid donde permanece detenida ilegalmente. La policía detiene a un vendedor ambulante senegalés en una playa gallega y, en lugar de llevarlo directamente a una comisaría, le propina una paliza en una zona alejada de la ciudad mientras le insulta en razón de su raza. Un niño marroquí, que intenta buscarse la vida en Melilla, es abandonado ilegalmente por la policía española en una zona fronteriza desde donde no le es posible regresar a la ciudad debido a su estado de debilidad.

Un trabajador marroquí, que está siendo atacado por una multitud armada, escapa de su domicilio bajo una lluvia de balas de goma disparada por la policía, que no hace nada para impedir que los agresores incendien y saqueen la casa. Un ciudadano estadounidense de origen afroamericano, primer trompeta de la Orquesta Sinfónica de Barcelona, asegura haber sido maltratado por unos policías hasta el extremo de haber tenido que cancelar sus compromisos de actuación. Una mujer brasileña es violada bajo custodia, pero los agentes de policía se niegan a cooperar en la investigación, por lo que el violador no puede ser identificado y el Tribunal Supremo parece verse impotente para actuar.

2. MUJERES PROSTITUIDAS

Después del tráfico de armas y del de estupefacientes, el negocio de la prostitución es el que más dinero mueve en el mundo. En España se calcula que las redes que lo dominan manejan en torno a los doce mil millones de euros anuales, para entendernos, unos dos billones de pesetas.

De todas las personas que ejercen la prostitución en nuestro país el 88% son mujeres y, de ellas las inmigrantes alcanzan ya el 66%. Proceden sobre todo de África, de Latinoamérica y de los países del Este, donde sufren situaciones de extrema pobreza.

Cuando se habla de prostitución a mí me gusta precisar que rechazo la palabra prostituta para hablar de mujer prostituída, es decir aquella que vive en una sociedad prostituyente que posibilita que las mujeres se prostituyan.

La violencia en la era de la globalización está caracterizada por las redes del tráfico internacional de mujeres que reviste todas las características de la dominación política, racial, económica y étnica vigentes en el sistema patriarcal y las sociedades imperialistas. Ahora tanto las mujeres del Tercer Mundo como las del llamado Primer Mundo están expuestas en las vitrinas de los Sex Shops. Son ellas

quienes bailan “eróticamente” por horas a petición de los clientes y quienes viven como presas en los prostíbulos de Europa, Norteamérica y Japón.

Agobiadas por la crisis económica en tantos países del Tercer Mundo, mujeres asiáticas, latinoamericanas y africanas son reclutadas y transportadas ilegalmente a los países del Primer Mundo y enganchadas en las diferentes modalidades del lucrativo negocio de la prostitución.

Las mujeres pobres del mundo son los nuevos botines de guerra que se utilizan para el descanso y relajación de los soldados y marineros de países como Estados Unidos o las tropas de la ONU.

El racismo, el colonialismo y el militarismo, conjuntamente con la explotación económica, refuerzan el modelo de dominación patriarcal para así formar el paradigma global de dominación, opresión y destrucción.

Dentro de una tradición occidental de liberalismo, que ha abogado por los derechos individuales, hay una corriente del Movimiento Feminista del Primer Mundo que defiende el derecho a ser prostituta.

En mi opinión considerar la prostitución como un derecho insinúa que la mujer prostituída y su cliente son iguales y que ambas personas se sirven mutua y recíprocamente de la comercialización del sexo. Pero sabemos que la realidad es muy diferente. La violencia, explotación, humillación, el sadismo y las muertes de tantas mujeres revelan cuál es el contexto social en el que las mujeres son prostituidas.

La realidad de cientos de miles de mujeres entrampadas en contratos de explotación, encerradas en prostíbulos controlados por proxenetas y manipuladas por clientes, revela la verdadera y dramática dimensión de la prostitución.

Aunque fuera verdad que un cierto número de mujeres escogieran la prostitución “libremente” y desearan ser trabajadoras sexuales, ellas no han elegido ni podrán cambiar las reglas del juego de este sórdido negocio que reduce a la mujer a mera mercancía para la gratificación del hombre.

Cuando un hombre compra el uso del cuerpo de una mujer está ejerciendo su poder económico, físico e ideológico. Por lo tanto, reivindicar la prostitución como trabajo es aceptar las reglas del juego del patriarcado, reforzando el mito de que la prostitución es inevitable y que nuestro destino es estar disponible voluntaria o involuntariamente.

Uno de los retos del feminismo en la era de la globalización, es la denuncia constante de estas redes mafiosas que prostituyen a miles de mujeres y niñas en todo el mundo.

3. MUJER Y GUERRA-CAMBOYA

El impacto de la guerra en la vida de las mujeres tiene unos efectos tan devastadores que, en términos generales, las secuelas físicas y psicológicas perduran a lo largo de toda la vida. Hago esta afirmación tan rotunda después de haber viajado durante treinta y cinco años por el mundo como corresponsal de TVE, lo que me ha permitido ser testigo directo en muchos conflictos bélicos.

A lo largo de la historia, con independencia de quienes hayan sido los vencedores o los vencidos, las mujeres siempre hemos perdido la guerra, por eso cada vez más mujeres en el mundo estamos a favor de la paz.

Cuando digo simbólicamente que las mujeres siempre hemos perdido la guerra, lo que estoy diciendo con cifras es que el ochenta por ciento de todos los refugiados que hay en el mundo son mujeres y niños a su cargo, víctimas de los bombardeos a la población civil, las persecuciones y el hambre que generan siempre las guerras. Según las estadísticas, hay 23 millones de mujeres desplazadas de su lugar de origen.

Cuando digo que las mujeres siempre hemos perdido la guerra, quiero recordar que durante la Segunda Guerra Mundial entre cien mil y doscientas mil mujeres chinas, coreanas, filipinas e indonesias fueron obligadas a prostituirse por el Ejército Japonés, cuyo gobierno ha reconocido los hechos y pedido disculpas cincuenta años después. Aunque, según mi criterio, no hay compensación moral ni indemnización económica posible para tan trágico destino, al igual que el de las cincuenta mil mujeres que fueron violadas en la guerra de Bosnia o tantas y tantas mujeres que han sido degolladas en Argelia por los integristas islámicos.

Cuando digo que las mujeres siempre perdemos la guerra quiero decir que en los conflictos armados las mujeres son siempre las principales víctimas civiles. Ellas no sólo mueren bajo los bombardeos, sino que el enemigo siempre toma el cuerpo de las mujeres como botín de guerra, como territorio ocupado por esos fascistas sexuales que son capaces de violar a las mujeres.

En la década de los noventa en Argelia la población civil fue masacrada víctima de los enfrentamientos habidos entre el Ejército y el grupo islámico armado denominado Gia. De las trescientas cincuenta víctimas que se producían cada semana, la mayoría eran mujeres que no se atrevían a salir de sus casas por temor a ser asaltadas a plena luz del día.

No podemos tampoco olvidar el drama de las mujeres afganas. Producto de la guerra, veinticinco mil mujeres quedaron viudas y, lo que es peor, condenadas a una

muerte lenta porque los talibanes no permitieron que las mujeres trabajasen, por lo que las viudas y las mujeres sin hombre quedaron excluidas de esta brutal sociedad sexista que no permitió que las mujeres pudieran tan siquiera ir al hospital.

Recuerdo perfectamente como en Pakistán, en los campos de refugiados afganos, los médicos internacionales me comentaban que no podían revisar a las mujeres, muchas de las cuales presentaban grandes disfunciones urinarias ya que no les permitían salir de las tiendas de campaña hasta el anochecer para realizar sus necesidades fisiológicas.

De las muchas secuencias sobre los efectos de la guerra, he elegido una rodada en Camboya. Recuerdo que en 1975, siendo una joven periodista en los Telediarios de Televisión Española, sentí un profundo escalofrío cuando me tocó darle forma a la noticia que, a través de Reuters, nos llegó a los Servicios Informativos, cuando la caída de Phnom Penh en manos de los polpotistas. Entre otros dramáticos datos y cifras, a mi se me quedó grabada para siempre en la neuronas la información de que los jemereros rojos violaban a las mujeres con los cascos rotos de las botellas.

Veinticuatro años después de aquellos crueles acontecimientos, he conocido Camboya, y sentido durante casi todo el viaje ese latigazo interno de dolor ante el drama de los demás.

En 1998 estuve en Camboya para hacer un documental sobre las víctimas de las minas antipersonales. Descubrí un pequeño país que en los últimos años se ha visto envuelto en enfrentamientos contra Tailandia y Vietnam, que sufrió los bombardeos americanos y padeció el horror del Jemer Rojo de Pol Pot, durante cuyo dramático mandato, entre 1975 y 1979, perdieron la vida más de dos millones y medio de personas. El país está lleno de inválidos que han perdido las dos piernas al estallarles una mina. Dada la pobreza del país muchos no tienen ni una silla de ruedas. Todos son víctimas de ese cruel artefacto que son las minas antipersonales, pero las mujeres están más ignoradas y sufren más su condición de discapacitadas.

El mutilado camboyano Sareth que recogió el Premio Nobel de la paz otorgado a la campaña contra las minas, involucrado muy activamente en la fabricación de sillas de ruedas para otros mutilados, me puso en contacto con varias mujeres mutiladas y pude comprobar, como ustedes podrán apreciar en la secuencia de Camboya, que la vida de las mujeres víctimas de conflictos armados es siempre peor que la de los hombres por su condición específica de mujeres en un mundo patriarcal y sexista.

Detrás de todos los mutilados que conocí en mi estancia en Camboya, casi siempre había una mujer abnegada, leal, convertida no sólo en esposa fiel, sino en enfermera, en compañera. Pero al contrario no sucedía igual.

4. LA MUJER EN ÁFRICA

A continuación, vamos a ver una secuencia del documental titulado “La mujer, el sur de todos los nortes” rodada en Mozambique. Cuando digo que la mujer sigue siendo el sur del Mundo estoy queriendo decir que no se ha resuelto la dialéctica Norte- Sur. Como sabemos muy bien el Norte tiene el poder, la riqueza, la tecnología y el Sur, aunque tenga la creatividad y la luminosidad también tiene la pobreza.

En la injusta cadena de la exclusión social podemos decir que debajo de un campesino sin tierra hay una campesina, debajo de un negro explotado hay una mujer negra más humillada todavía y debajo de un indígena hay una mujer doblemente explotada por su condición de mujer y de indígena. El neoliberalismo ha agudizado la pauperización de los países en vías de desarrollo. En relación con la mujer hace años que se maneja el concepto de feminización de la pobreza.

El neoliberalismo imperante habla ya de una humanidad que sobra, una humanidad sistemáticamente excluida. Se perfila cada vez más una humanidad de primera que vive en el despilfarro y una humanidad de segunda clase, condenada a morir de hambre.

¿Quiénes son los verdugos de esa Humanidad? Los verdugos tienen nombre: El Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial, los siete países más ricos del mundo, los llamados siete grandes y también la industria farmacéutica, a quien se está obligando a bajar los precios de los medicamentos para combatir el SIDA.

Quince millones de mujeres y un millón y medio de niños menores de quince años viven con la pesadilla del VIH. Casi todos viven en África subsahariana y en otras partes del mundo en desarrollo. En Mozambique los hombres tienen un índice medio de vida de 38 a 40 años de edad. Las mujeres viven de 40 a 45 años.

En este país la malaria es una enfermedad endémica. Trescientos millones de seres humanos en el mundo padecen esta enfermedad. Cada año mueren en el mundo 30 millones a causa de la malaria, que es una enfermedad de la pobreza.

No se ha liberado a los países pobres del peso de la deuda externa. Las presiones del Fondo Monetario Internacional han provocado que, para cumplir con lo exigido por esa institución, doce países africanos han reducido su presupuesto educativo. Esto afecta fundamentalmente a las niñas. Si las niñas se educasen, aumentarían los ingresos familiares, disminuiría la natalidad y la mortalidad infantil.

Pero no quiero concluir sin recordar a todos aquellos héroes anónimos a quienes di la voz para que pudieran contar en mis documentales su lucha para mejorar las condiciones de vida, combatir la represión de las dictaduras militares o simplemente reclamar el derecho a su lengua materna, a la utilización de sus trajes tradicionales y la defensa de sus más profundas señas de identidad. Todo ello, en un mundo en el que lucho para que ningún ser humano sea considerado ilegal por el simple hecho de buscar en otro país mejores condiciones de vida. De todas esas gentes marginadas, los excluidos del mundo, he aprendido el auténtico significado de la fortaleza y las ganas de vivir. He recorrido el mundo, lo que me ha permitido colmar mi propia pasión viajera, pero lo más importante de todo ha sido esa intensa aventura humana personal, ese especialmente íntimo viaje interior realizado para intentar acercarme a quienes permanecen al margen del camino.